

PALABRAS EN EL ACTO DEL DOCTORADO *HONORIS CAUSA*
UNIVERSIDAD SAN SEBASTIÁN, SEDE VALDIVIA

3 de noviembre de 2016

Dr. Fernando Galván

Sr. Rector,

Sres. Vicerrectores,

Sr. Secretario General,

Sr. Decano de la Facultad de Derecho,

Restantes autoridades académicas,

Miembros de la Junta Directiva,

Miembros del Claustro Universitario,

Autoridades civiles, militares y eclesiásticas,

Señoras y señores:

Estar hoy con ustedes aquí, volver a esta antigua ciudad de Valdivia, este año Capital Americana de la Cultura, provoca numerosas emociones placenteras en mi espíritu, hoy tan conmovido y agradecido ante la extrema generosidad que tiene conmigo la Universidad de San Sebastián, y tras escuchar especialmente las palabras tan amables y cariñosas del Prof. Dr. Rafael Rosell, Decano de la Facultad de Derecho de esta Universidad.

La naturaleza feraz de esta tierra hermosa, cuya frondosa vegetación y paisajes llevo impresos en la memoria desde hace años me conmueve y admira, como lo hacen las aguas del río Calle-Calle, del Cau-cau, del Valdivia y del Cruces, en cuyo entorno se ha levantado esta ciudad, que ha tenido la desgracia de caer, pero también la fortaleza de volver a levantarse, con nuevos bríos, en más de una ocasión. Todo ello no puede por menos que traer a mi memoria aquellos versos con los que Neruda inicia su poema dedicado a Ercilla (XXII) en su Canto General, en los que narra el encuentro de aquel español de mitad del siglo XVI con la fuerza portentosa de la naturaleza:

Piedras de Arauco y desatadas rosas
fluviales, territorios de raíces,
se encuentran con el hombre que ha llegado de España.
(vv.1-3)

Yo he llegado efectivamente de España hace apenas dos días, pero claro es que no pretendo ser Alonso de Ercilla, ni mucho menos Pedro de Valdivia. Estar entre ustedes hoy, sin embargo, me retrotrae a lecturas de adolescencia y juventud, cuando supe de Caupolicán y de Lautaro, los verdaderos héroes de La Araucana, y no (como cabría esperar del origen de su autor) los Villagras, Mendozas, Reinosos, Reyes, Morales, Alderetes. No, es Lautaro, aquel al que Neruda imaginó también velando a los pies el sueño de Pedro de Valdivia, cuando le servía como paje, aquel que derrotó en batalla cruenta al conquistador, el primer héroe chileno, el que surge con más fuerza, con su nombre sonoro, de ese gran poema épico.

Digo que lógicamente no pretendo ser un nuevo Ercilla, pero permítanme la licencia de que trace ciertos paralelismos con el primer gran poeta chileno. Es que hoy yo me siento, en cierta forma, como él. Evoco en tal sentido las palabras con las que nuestro gran escritor chileno y español, Premio de Literatura Miguel de Cervantes de 1999, Jorge Edwards, agradecía la concesión de dicho Premio en nombre de tantos y tantos escritores chilenos de todos los tiempos. Fue Edwards el primer chileno distinguido con este Premio (luego vendrían también Gonzalo Rojas y Nicanor Parra). Decía Jorge Edwards en el Paraninfo de mi Universidad, la Universidad de Alcalá, al recoger el Premio de manos de SM el Rey de España:

es un reconocimiento que se hace a través mío de la literatura chilena en su tradición y en su rica diversidad. Es el homenaje a una rama de la literatura del idioma que comienza con don Alonso de Ercilla, uno de los primeros españoles chilenizados, conquistador conquistado, que sigue con maestros coloniales como Alonso de Ovalle y Manuel de Lacunza, que continúa con Vicente Pérez Rosales y Alberto Blest Gana, figuras señeras de nuestro siglo XIX, que llega hasta Pablo Neruda, José Santos González Vera y Nicanor Parra, hasta José Donoso y Jorge Ellier, entre muchos otros, y que todavía no termina. Agradezco, pues, con emoción, en nombre propio y en nombre de todos.

Salvando las naturales distancias, así me siento yo desde hace tiempo, y especialmente hoy, como un “español chilenizado”, si bien no un “conquistador conquistado” porque no soy conquistador; pero sí me siento “conquistado”, es decir, rendido absolutamente a la fuerza y la belleza de este gran país. Desde hace ya muchos años, la grandeza de Chile y la amistad y generosidad de los chilenos conquistaron en efecto mi corazón, y hoy, con

este doctorado *honoris causa* que me entrega la Universidad de San Sebastián en esta sede de Valdivia, me declaro absolutamente conquistado y entregado, como lo estuvo Alonso de Ercilla cuando, según sus mismas y precisas palabras al describir su llegada a Chiloé, “con sólo diez pasó el Desaguadero / el año cincuenta y ocho entrado / sobre mil quinientos, por febrero, / a las dos de la tarde, el postrer día”.

Rememoro hoy a Alonso de Ercilla porque lo sentimos también muy nuestro en la Universidad de Alcalá, aunque no consta que estudiara en sus aulas. Pero sin duda su gran poema épico es deudor de las enseñanzas que recibió, cuando era paje del Príncipe Felipe (luego Felipe II), del latinista, poeta y maestro de retórica Juan Cristóbal Calvete de Estrella (c. 1520-1593), a la sazón estudiante de Humanidades y Lenguas Clásicas en Alcalá.

Me gusta recordar que ese Juan Cristóbal Calvete de Estrella había sido discípulo directo de Hernán Núñez el Pinciano, llamado también Comendador Griego, que fue Catedrático de Griego en Alcalá (nuestro segundo Catedrático de Griego, tras el cretense Demetrio Ducas), y a cuya sabiduría y trabajo debemos los alcalaínos, y toda la humanidad, en buena medida la edición del volumen V de la *Biblia Políglota* de Cisneros, el volumen dedicado precisamente al Nuevo Testamento, que acabó de imprimirse en Alcalá el 10 de enero de 1514. Hace solo dos años hemos comenzado a celebrar el V Centenario de la publicación de esa magna obra de la filología del Renacimiento, la *Biblia Políglota Complutense*, una publicación en seis volúmenes que fueron viendo la luz entre 1514 y 1517.

Podemos imaginarnos fácilmente la atracción que debió de sentir el joven paje Alonso de Ercilla, nacido en Madrid en 1533, al escuchar y al leer a su maestro Calvete de Estrella y, sobre todo, la descripción que este hizo de la conquista del Perú, que animó a Ercilla, con apenas 22 años, a emprender la aventura americana en 1555.

Basta con que intentemos ponernos por un instante en la piel de aquel joven de Madrid cuando se desplaza con su Príncipe, luego Felipe II, a las tierras inhóspitas y frías de Inglaterra, en 1554, acompañando al Príncipe con ocasión de sus esponsales con la monarca inglesa, María Tudor. Ni los nobles de la corte inglesa ni el pueblo de Inglaterra recibieron con entusiasmo al Príncipe Felipe y su séquito. Más bien todo lo contrario: alrededor de Alonso de Ercilla, como del Príncipe Felipe, todo debió de ser desconfianza, frialdad y caras de pocos amigos. Para los ingleses que habían pasado ya por su reforma protestante, la presencia, como consorte de la reina María, de un príncipe católico y español era claramente una amenaza a su soberanía nacional.

No debe extrañarnos por ello que, pocos meses después, ya en 1555, Ercilla decida abandonar Albión y partir hacia el Perú, para ponerse a las órdenes del capitán García Hurtado de Mendoza. El propio Príncipe Felipe no tuvo aparentemente mayor problema en alejarse de su reciente esposa, y se apresuró a dejar también el Reino de Inglaterra para ir a tomar posesión del de Nápoles.

Yo, que he dedicado también buena parte de mi vida a estudiar el país de María Tudor, sus gentes, su lengua, su literatura, puedo fácilmente imaginarme el impacto emocional que debió de significar para aquel joven madrileño dejar los inhóspitos y fríos páramos ingleses para llegar a estas tierras, cruzar a Chiloé, fusionarse con esta espléndida

naturaleza, con la riqueza del Arauco... viniendo, como digo, de aquella hostil y hosca Inglaterra, donde ni su propio señor, el Príncipe Felipe, quiso quedarse mucho tiempo tras la boda con la reina María.

La inspiración que proporcionó Calvete al jovencísimo Ercilla nos hace sospechar que, sin su magisterio, sin sus artes retóricas (aprendidas del Pinciano o “Comendador Griego” en la Universidad de Alcalá, como he señalado), es muy posible que hoy no tuviéramos *La Araucana*.

Merece también la pena que recordemos, en este año cervantino en que conmemoramos el IV Centenario del fallecimiento de Cervantes, y además, aquí en Valdivia, Capital Americana de la Cultura, donde la Universidad San Sebastián abrió esta misma tarde un centro de estudios dedicados a ese gran escritor, que en su *Quijote* incluye precisamente a *La Araucana* como uno de los tres únicos volúmenes que se escapan de la quema de libros en el capítulo VI de la Primera Parte. El barbero, tras elogiar –en un guiño humorístico y metafictivo— *La Galatea* del propio Cervantes, aparta tres libros: “*La Araucana*, de don Alonso de Ercilla; *La Austríada* de Juan Rufo, jurado de Córdoba, y *El Monserrato*, de Cristóbal de Virués, poeta valenciano.” Y dice entonces el cura:

Todos esos tres libros [...] son los mejores que, en verso heroico, en lengua castellana están escritos, y pueden competir con los más famosos de Italia: guárdense como las más ricas prendas de poesía que tiene España.

Recordemos que cuando Cervantes escribe así de *La Araucana* Ercilla ya llevaba varios años muerto, pues fallece en 1594, tras haber publicado su extenso poema de más

de 20.000 versos, en 37 cantos, y en tres partes: la I Parte en 1569 (Cervantes apenas tenía entonces 22 años, los mismos con los que Ercilla había venido a Chile), en 1578 (la segunda parte) y en 1589 (la tercera y última parte). Pero también en su novela pastoril *La Galatea*, que Cervantes publicó precisamente en Alcalá de Henares en 1585, cuatro años antes de la Tercera Parte de *La Araucana*, incluyó el escritor de Alcalá, en el “Canto a Calíope”, una alabanza al poema de Ercilla, junto a otros ingenios literarios de la altura de Lope de Vega, Góngora, o Fray Luis de León. Esto da idea del aprecio en que Cervantes tenía a Ercilla y su gran poema épico, con el que se había familiarizado a lo largo de los veinte años en que fueron publicándose sus tres partes.

Como ven, al hablar del gran Alonso de Ercilla, “unos de los primeros españoles chilenizados, conquistador conquistado”, en palabras de Edwards, no puedo dejar de hablar naturalmente de Chile y de Alcalá, y de Cervantes, pues así me vienen, juntos y estrechamente vinculados, a la memoria. Y no puedo, en este caso, dejar de mencionar tampoco el gran cariño que la Universidad de la que soy rector siente hacia este gran país, admirable en su belleza y sus gentes, desde la sequedad y el desierto de Atacama, al norte, hasta las aguas frías de Punta Arenas y el parque natural de las Torres del Paine, en la región de Magallanes y de la Antártica chilena, al sur.

Como es sabido, tres grandes escritores chilenos, el citado Jorge Edwards, así como los grandiosos poetas Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, han recibido en nuestro Paraninfo el Premio Cervantes, la mayor distinción literaria en español, tan vinculada a la Corona española y a la Universidad de Alcalá. Con todos ellos hemos mantenido un contacto especial: Jorge Edwards aún está en plena actividad y nos visita con regularidad, colaborando con acontecimientos que organizamos, como este año un encuentro de varios

Premios Cervantes vivos que conmemoraron en nuestro Paraninfo a Don Miguel de Cervantes, en el IV Centenario de su fallecimiento. El próximo lunes lo veré de nuevo en Madrid, pues forma parte del Jurado del Premio Derechos Humanos Rey de España, que organiza la Universidad de Alcalá con el Defensor del Pueblo de España. Es un estrecho colaborador y amigo de la Universidad, al que le profeso gran admiración, cariño y agradecimiento.

Con Gonzalo Rojas tuvimos una gran cercanía, y se prestó siempre, con enorme generosidad, a participar en seminarios y actos literarios en Alcalá. Me gusta recordar de Rojas unas palabras que escribió en prosa, pero que están cargadas de simbolismo y de poesía, y que evocan nuestra capacidad continua de avanzar, de mejorar, algo que es intrínseco y misión irrenunciable de la institución universitaria, por lo que me permitirán ustedes que cite sus palabras en este recinto universitario.

Decía Gonzalo Rojas que, como había escrito Goethe, lo más importante de lo que hacemos no es lo que hemos hecho, sino lo que aún nos queda por hacer. Así me siento yo hoy, y lo declaro con emoción y humildad ante ustedes, tomando prestadas estas palabras del gran poeta:

Aprendiz inconcluso como soy, escribo cada día mis papeles inconclusos y nunca olvido lo que me dijera un niño del país cierta mañana que concurrí a leer mis versos en una de esas escuelitas del archipiélago del Chiloé, en un encuentro bajo el ventarrón, en la Antártica, hasta donde llegó Ercilla fundador, el caballo andaluz todo sudado. La escuelita era pobre y el niño de unos diez años, igualmente pobre. Al terminar mi breve lectura me preguntó con desenfado: “Oiga, poeta, y cuando usted termina de hacer una de esas poesías, ¿no le funciona como que le quedó

inconclusa?”. Me fascinó la consulta que dio en el clavo mucho más que cualquiera de esas formulaciones académicas sobre mi ejercicio de silabear en el Mundo. De veras soy ese inconcluso que dijo el niño sin haber leído a Goethe, que por su parte dijo lo mismo: -“Que no puedas llegar nunca; eso es lo que te hace grande”.

Eso es lo que hace grandes también a instituciones como la Universidad, el esfuerzo sostenido a lo largo de los años, el compromiso con el trabajo, el establecimiento de metas y objetivos que nos obligan a estar siempre en la brega, aunque no puedas llegar nunca al final. Lo que importa es ese esfuerzo, eso es lo que nos hace grandes.

Y evidentemente quiero también evocar en mis palabras ante ustedes al Premio Cervantes más cercano en el tiempo, a pesar de su edad centenaria. En la exposición que le hicimos a Nicanor Parra, con motivo de la concesión del Premio, usamos unos versos suyos en los que el poeta se pregunta, escribiendo el nombre de Cervantes con Z, como hace a veces Parra con su peculiar ortografía:

En qué quedamos entonces

amigo Zerbantes

hay o no hay caballeros andantes?

Y claro que habría que contestarle a Parra que sí que los hay, y que él mismo es la demostración palmaria de que existen, pues Nicanor Parra es —sigue siendo— uno de ellos, ejemplo presente de caballero andante de Chile, “desfacedor de entuertos” y vocero preclaro de que, como también ha dicho, en alusión al daño que le hacemos a nuestro planeta:

EL ERROR CONSISTIÓ

En creer que la Tierra era nuestra
Cuando la verdad de las cosas
Es que nosotros somos de la Tierra.

¡Qué gran verdad es esa frase de Parra de “nosotros somos de la Tierra”, sobre todo cuando la decimos en este entorno natural privilegiado de Valdivia y su región; en lugar de que “la Tierra sea nuestra”.

Las relaciones históricas y culturales entre Chile y la Universidad de Alcalá se remontan a los orígenes tanto de Chile como territorio hispanizado cuanto de Alcalá como universidad del Renacimiento, es decir, a los siglos XVI y XVII, la época más gloriosa de nuestra institución universitaria. Además de la vinculación con Ercilla, a través de su maestro Calvete, me interesa destacar en este recinto universitario que la primera universidad que se creó en territorio chileno fue la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino, que funcionó en Santiago de Chile entre 1622 y mediados del siglo XVIII, y fue creada siguiendo el modelo de la de Alcalá.

Esa Universidad de Santo Tomás, fundada por frailes dominicos, aun tratándose de una institución pequeña, estaba plenamente capacitada para otorgar títulos superiores de Teología. Nos sentimos orgullosos en Alcalá de que muchas de las universidades creadas en América en las primeras décadas y siglos de la Conquista tomaran como modelo de estructura y funcionamiento las Constituciones de la Universidad de Alcalá,

promulgadas por el Cardenal Cisneros en 1510. La primera fue la de Santo Domingo, en la República Dominicana, en 1538, al convertirse en Universidad, por bula papal, lo que desde una fecha tan temprana como 1518 había sido el Estudio General de los dominicos; pero siguieron muchas más; y una de ellas, ya en el siglo XVII, fue la de Santo Tomás de Aquino de Santiago de Chile.

Es cierto que la Universidad de Santo Tomás de Aquino en Santiago se cerró en torno al año 1747, y fue sustituida por la Real Universidad de San Felipe, que luego derivaría en la Universidad de Chile, ya en época republicana. Esa sería la Universidad en la que muchos años después se graduarían en Derecho y Pedagogía nuestro original poeta Gonzalo Rojas, y en Derecho también nuestro brillante escritor Jorge Edwards. Nos sentimos orgullosos en Alcalá de esta centenaria y antigua relación con los orígenes universitarios en Chile, pues desde entonces hasta hoy son numerosos los testimonios que dan fe de esta hermandad entre nuestra Universidad y la República de Chile.

En años recientes, la Universidad de Alcalá, además de distinguir a los tres escritores mencionados con el Premio Cervantes, ha recibido y condecorado solemnemente al Presidente de Chile; ha entregado el IV Premio Derechos Humanos Rey de España de 2010 a la organización humanitaria de origen chileno “Un techo para mi país” (inicialmente llamada “Un techo para Chile”); y ha celebrado seminarios y actos académicos con diversas universidades chilenas.

Los lazos de amistad que unen a las universidades chilenas y a la Universidad de Alcalá son múltiples, y para Alcalá es un orgullo compartir alianzas académicas y científicas con las principales instituciones de enseñanza superior de Chile, una veintena

larga, muchas de las cuales son universidades públicas o tradicionales, pero también otras privadas más jóvenes, de prestigio creciente, como esta de San Sebastián, que hoy puede presumir de destacar en el mundo académico chileno e iberoamericano con sus estudios y campus establecidos en Santiago, en Concepción, en la Patagonia (Puerto Montt y Osorno) y aquí en Valdivia.

En Alcalá nos enorgullecemos también de los cientos de graduados chilenos que han obtenido sus maestrías y doctorados en nuestra Universidad, en especial en el campo de la educación, tanto en España, como en nuestras instalaciones en Santiago, muchos de los cuales profesan ahora en prestigiosas universidades de Chile. En estos últimos años he venido viajando a Chile cada mes de enero para hacer entrega personalmente, en nuestra sede de Santiago, de los diplomas de Máster a nuestros alumnos de Chile, y para participar en simposios y reuniones académicas que ha organizado, o co-organizado, la Universidad de Alcalá en Chile.

Mi deuda de gratitud con la Universidad San Sebastián es hoy grande, por la generosidad con que me acoge en su Claustro de Doctores. Muchísimas gracias a su Rector, Prof. Hugo Lavados Montes; a los miembros de su equipo de Vicerrectores; a su Junta Directiva; al Vicerrector de la Sede Valdivia, Prof. Angelo Romano Virago, y a todas las demás autoridades y personal de la Universidad San Sebastián.

Quiero expresarles también mi enhorabuena por la creación y apertura esta misma tarde del Centro de Estudios Cervantinos en esta sede de Valdivia, convirtiendo de este modo a esta ciudad en otra ciudad cervantina, como Alcalá de Henares. En la Universidad de Alcalá disponemos de un Instituto de Investigación en Estudios de la Edad Media y el

Siglo de Oro denominado “Miguel de Cervantes”, que tiene ya una trayectoria investigadora de un cuarto de siglo. Posee una rica biblioteca especializada y una extensa colección de publicaciones sobre Cervantes, entre las que destacan la *Gran Enciclopedia Cervantina*, una magna obra en proceso aún de edición, de más de 25.000 voces, que cubren todos los campos del saber conectados con Cervantes. Este año hemos editado el volumen noveno, que abarca desde la letra N a la P. Hasta la fecha son casi 10.000 páginas las publicadas en la *Gran Enciclopedia*, verdadero tesoro de conocimientos sobre Cervantes.

Menciono este Instituto de Investigación sobre Cervantes, paralelo al Centro de Estudios Cervantinos inaugurado hoy mismo en la Universidad San Sebastián. porque ya saben todos ustedes que me tienen a su disposición para mantener la más comprometida colaboración entre nuestras dos universidades, ampliando la cooperación académica que ya desarrollamos, y fortaleciendo la alianza estratégica de Alcalá y San Sebastián, en el ámbito de los estudios cervantinos, así como en otros que acordemos de interés mutuo.

Con el Decano de su Facultad de Derecho, el Prof. Dr. Rafael Rosell, que tan generosamente ha promovido este doctorado *honoris causa* y que con tanto afecto ha hablado de mí en el día de hoy, llevo trabajando varios años. Como él mismo ha mencionado en su intervención, estoy comprometido con él y con otros muchos colegas en América Latina, en el Caribe y en Europa en una empresa apasionante, que me honro en presidir: el Foro Académico Permanente ALC-UE (América Latina-Caribe y Unión Europea). Nuestro propósito es favorecer la integración, la convergencia y el fortalecimiento de la educación superior, de la ciencia, la tecnología y la innovación en nuestras dos regiones y colaborar con nuestros gobiernos en la institucionalización de esa

convergencia. Para ello venimos organizando seminarios y cumbres académicas paralelas a las Cumbres de Jefes de Estado y de Gobierno de las dos regiones, que iniciamos, bajo la presidencia precisamente del Prof. Rafael Rosell, en Santiago de Chile en enero de 2013.

Por ello quiero aprovechar esta ocasión para agradecerle a Rafael Rosell su apoyo y trabajos en esta importante tarea, y para reiterarle mi compromiso personal en ella y con la educación superior en América Latina y, más en concreto, con Chile y sus universidades y universitarios.

No quisiera finalizar mis palabras sin evocar de nuevo a Ercilla y su poderosa octava, esa que creo que han aprendido tradicionalmente los chilenos desde la escuela (y espero que aún sigan haciéndolo), y de la que sin duda pueden sentirse muy orgullosos. Con mi admiración por esta Universidad San Sebastián y sus esfuerzos en pro de la educación y formación superior de los chilenos, digo como don Alonso de Ercilla, cuando quedó también admirado al recorrer estos parajes a mitad del siglo XVI:

Chile, fértil provincia señalada
en la región antártica famosa,
de remotas naciones respetada
por fuerte, principal y poderosa.
La gente que produce es tan granada
tan soberbia, gallarda y belicosa
que no ha sido por rey jamás regida,
ni a extranjero dominio sometida.

Me produce una gran satisfacción leer en voz alta palabras tan hermosas como esas sobre Chile y sus gentes, en la lengua de Cervantes, a miles de kilómetros de la ciudad donde nació nuestro mayor escritor, en este año en que conmemoramos el IV Centenario de su fallecimiento. Y que sean palabras escritas, además, por el primer poeta chileno, educado en la escuela retórica de mi Universidad en los lejanos albores del siglo XVI.

Muchas gracias a todos por su atención, por acompañarme en este acto solemne, y por su paciencia al escucharme. Y muchas gracias a la Universidad San Sebastián, a sus dignísimas autoridades, Sr. Rector y Vicerrectores, miembros de su Junta Directiva; y a todas las autoridades presentes, y naturalmente mi emocionada gratitud a mi promotor, el Prof. Dr. Rafael Rosell, por su extrema generosidad conmigo en el día de hoy. He dicho.